

Gómez Álvarez, Cristina: *Navegar con libros. El comercio de libros entre España y Nueva España. Una visión cultural de la Independencia (1750-1820)*, Madrid, Trama Editorial, 2011, 173 pp. + 1 CD.

Este libro se ocupa del análisis del tráfico de libros entre Europa y Nueva España durante los años 1750-1820. Se trata de la primera síntesis sobre estos asuntos con la que contamos para este interesante periodo del trasvase cultural entre Europa y México. En el libro uno de los aspectos clave es la búsqueda del impacto que tuvo la Ilustración, que la autora centra en dos aspectos: el peso global del libro religioso respecto al civil y la llegada de determinados títulos que dejarían ver la influencia de la Ilustración.

Una de las premisas de la investigación de este libro era la necesidad de contar cuántos cajones fueron enviados, seguir la pista a quién los declaraba en España y a los destinatarios que los recibían en México, así como cuáles eran los títulos ofertados para ser leídos. Para lograrlo la obra desgana un detallado estudio cuantitativo centrado en los bultos declarados, lo que permite seguir la evolución global del tráfico, y el análisis de listas de títulos para detectar aquellos autores y obras que llegaron a los lectores del virreinato con mayor frecuencia.

Las fuentes seriadas utilizadas por la autora ocupan el primer capítulo, desggranándose las características de los documentos reunidos (registros de navío, memorias de títulos, etc.). Esta riqueza de documentación original y su tratamiento sistemático son, sin duda, una de las más valiosas aportaciones de esta monografía a los estudios del tráfico de libros en el mundo atlántico.

En cada capítulo de la obra (el comercio, los comerciantes de libros y las lecturas) se analiza separadamente el sistema de flotas de la Carrera de Indias (1750-1778) y el tráfico de libros en el comercio libre (1779-1819). En los 28 años analizados de la Carrera de Indias el volumen alcanzaría los 4.896 cajones y en los años del comercio libre estudiados, de 1779 a 1818, es decir, 39 años, el total de cajones declarados fue de 8.335. Esto es, pasarían de 175 cajones anuales de media en el sistema de flotas a 213 cajones anuales en el segundo periodo. El análisis diferenciado de cada periodo se sustenta en cambios en las fuentes documentales, aunque una vez aclarados estos aspectos, parecería más lógico un análisis global de los problemas analizados, sin la división entre comercio en flotas y galeones y comercio libre. De hecho, en el libro se muestra con claridad cómo el cambio al

comercio libre no alteró sustancialmente el peso que tuvieron los libreros gaditanos en el control del tráfico de libros a Nueva España. En la obra se aprecia, lo que resulta de gran valor, que los cambios detectados en los contenidos embarcados no parecen deberse al cambio de sistema comercial de las flotas al libre comercio, sino a transformaciones del propio mercado del libro y la edición, y más concretamente a la producción de libros españoles, que tienen un peso importante en el tráfico de libros destinado a México. Aunque es un tema abierto al debate en el que debería profundizarse. En numerosos aspectos los puntos de vista trazados sugieren líneas de investigación que podrían replantear numerosos problemas del abastecimiento de libros y, no conviene olvidarlo, del propio funcionamiento del mercado novohispano de compraventa de libros.

Los datos desmenuzados, paso a paso, permiten contar con una imagen del crecimiento del tráfico, fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XVIII, y muy especialmente al final de la centuria, coincidiendo con el incremento de la producción de las prensas españolas. Es la primera vez que se estudia de manera monográfica la evolución del tráfico comercial de libros a un territorio tan extenso como el virreinato novohispano. La información recopilada ofrece una visión complementaria a la que ha sido analizada en los estudios del comercio, en los que el libro tenía un peso limitado al tratarse de un negocio con escaso impacto en las cifras globales del trasvase de mercancías y capitales. Estos datos deben ser considerados como indicios, que nos dan una idea clara de la tendencia, pero podrán ser corroborados con otras fuentes y análisis cualitativos. En todo caso, la propia investigadora matiza que no ofrecen una explicación completa del tráfico (ya que no se contabiliza el contrabando o el peso de los libros que llevan consigo los pasajeros). En el análisis del tráfico elaborado en los primeros capítulos contamos con el continente, los cajones, pero no con el contenido. Ante este problema Gómez Álvarez aporta una interesante (y controvertida) interpretación de los datos, ya que supone que cada cajón llevaba 108 volúmenes de formato 4.º, y a partir de aquí calcula el total de ejemplares embarcados en 472.824 en los años 1750-1778 y un total de 900.180 ejemplares en el periodo 1779-1820. Es una mera suposición, altamente especulativa y que, con la fuente, no es posible, en modo alguno, verificar con seguridad.

Los trazos biográficos de los libreros y agentes que participaron en el comercio de libros son otro aspecto esencial de la obra, ya que aporta datos significativos y de gran valor para contextualizar a los intermediarios del comercio atlántico del libro.

La información sobre los libreros más activos (muy especialmente en Cádiz, donde se embarcan 7.151 cajones, el 85,78 % del total) es un logro notable, ya que aparecen los que ya conocíamos junto a otros que actuaban de factores o algunos libreros de los que no se tenía constancia sobre su participación en el comercio americano. En este sentido permite corroborar trabajos anteriores (que mostraban a algunos mercaderes de libros peninsulares muy activos como Sancha o Dhervé), y cuantificar su participación en el tráfico de libros a México. En cualquier caso, algunos de estos libreros, como Espinosa de los Monteros, son presentados de manera incompleta, a partir de hipótesis que deben ser verificadas en archivos locales gaditanos y sevillanos. La escasez de estudios monográficos sobre los mercaderes de libros peninsulares (y mexicanos) podrá ser paliada, al menos parcialmente, a partir de esta obra, aunque los datos reunidos deberán completarse (y en algunos casos rectificarse).

Otro aspecto fundamental del libro reseñado es el estudio de las «lecturas», es decir, los libros declarados en el momento del embarque o una vez llegados a México. Esta oferta remitida al mercado mexicano para el consumo cultural es analizada también de manera diferenciada en dos periodos. En este caso las fuentes para el primer periodo (1750-1778) son 120 memorias (con un total de 8.563 registros), y en el segundo (1779-1820) la documentación sobre los envíos de cajones y listas con memorias de títulos (120 expedientes con 11.296 registros). Se trata de fuentes de uno y otro lado del Atlántico, que permiten a la autora detectar las tendencias temáticas mediante la frecuencia de aparición en las memorias. En el análisis se presentan únicamente los diez títulos y los diez autores que aparecen en mayor número de memorias, con la finalidad de comparar ambos periodos. Aunque el lector especializado podrá encontrar en un CD adjunto un extenso documento con la lista de 2.953 títulos identificados que fueron enviados a Nueva España durante los años 1750-1820. Es un listado alfabético de autores, ofreciendo una edición probable embarcada, aunque no se indica cómo figura en el asiento en la fuente original, ni la frecuencia de cada título. En cualquier caso, será un listado de consulta que enriquecerá notablemente nuestro conocimiento de las obras exportadas y consumidas.

En este análisis se separa, de manera tajante, los libros comercializados para el periodo 1750-1778 y 1779-1820, lo que llevaría a detectar un «avance del libro seglar», al incluirse en el segundo periodo entre los primeros diez títulos con más registros cuatro títulos profanos (*Don Quijote de la*

*Mancha de Cervantes, Diccionario de la lengua española* o las *Oraciones selectas* de Cicerón). La «secularización de la lectura» al inicio de la segunda mitad del siglo XVIII se basaría en la presencia global del «libro civil» con un 58 % respecto al religioso que se sitúa en un 42 % (en los años 1779-1820). Aunque quizás sería conveniente matizar este cambio hacia lo seglar, por ejemplo, en los registros de religión los textos de devoción y espiritualidad (los más leídos) pasan del 37 % (1750-1778) al 45 % (1778-1820), lo que podría indicar un incremento del consumo de estos textos. Estas contradicciones se podrían ampliar, aunque no resta valor a la riqueza de casos analizados y la exposición de los datos generales. En todo caso muestra un avance de las obras literarias, de la divulgación científica y, de manera débil, de filósofos de la Ilustración como Locke o Montesquieu.

Las lecturas son descritas temáticamente en los apartados de religión, derecho, literatura, historia, ciencia, diccionarios, filosofía, técnicas y artes, educación, política y economía, publicaciones periódicas. Las obras citadas resultan de notable interés ya que muestran una panorámica de los textos que más circularon. En el periodo 1750-1778 el título más citado sería la *Luz de la fe y de la ley* de Jaime Barón y en el periodo 1779-1820 el *Año christiano* de Jean Croiset. Aunque también se citan otras obras de menor circulación, pero muy reveladoras de la difusión de nuevas ideas, como es el caso de la *Enciclopedia metódica* editada por Antonio de Sancha. Ahora bien, estos indicios deberán corroborarse al estudiar las bibliotecas novohispanas. Las tablas detalladas (y el listado ofrecido en el CD) son una excelente fuente de información que permitiría comparar la oferta de los libreros europeos (y mexicanos) con los libros poseídos en las bibliotecas particulares. Aunque, como cabía esperar y la propia autora destaca, numerosos títulos pudieron escapar al no aparecer en las fuentes analizadas o al no haber sido fehacientemente identificados.

La elección de la cronología en tiempos de la Ilustración y su posible repercusión en la Nueva España permiten a la autora enmarcar su estudio en «la conformación de las culturas políticas en una época de transición» de la colonia al México independiente. La presencia de autores reformistas e ilustrados es limitada, pero ofrece un abanico interesante, como es el caso de los *Auxilios para bien gobernar* de Melchor de Macanaz, las obras de Pedro Rodríguez Campomanes o el *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos, entre otros.

En resumidas cuentas, estamos ante un libro rico y complejo, construido sobre una densa red de casos analizados cuantitativamente, que abre

numerosos interrogantes y obligará a replantearse el funcionamiento del tráfico, el papel de los intermediarios, como es el caso de los mercaderes del Consulado de Cádiz, y la oferta de lecturas llegadas al virreinato novohispano.—PEDRO RUEDA RAMÍREZ, Universitat de Barcelona.

Hernández González, Manuel: *Liberalismo, Masonería y Cuestión Nacional en Cuba, 1808-1823*, Tenerife, Ediciones Idea, 2012, 270 pp.

En el amplio panorama de la historiografía reciente sobre los primeros liberalismos hispanoamericanos, el caso de Cuba había sido hasta ahora poco estudiado. Algunos trabajos de José A. Piqueras, del propio Manuel Hernández y del autor de estas líneas son casi los únicos de factura reciente. Por eso, la obra que reseñamos llega en un momento muy oportuno.

El profesor Manuel Hernández, de la Universidad de La Laguna y profundo conocedor de la historia del Caribe hispánico, analiza con el detalle a que nos tiene acostumbrados los diversos proyectos políticos elaborados por miembros de la alta y media burguesía criolla cubana en el periodo de la crisis de la monarquía hispánica y del antiguo régimen, entre 1808 y 1830, superando incluso el lapso temporal indicado en el título. El trabajo trata de cuatro temáticas relativamente independientes entre sí, aunque bien entrelazadas sobre la base de un argumento principal sostenido a lo largo de toda su obra. En la primera, que titula «La disyuntiva de una Isla», aborda los efectos políticos en Cuba de la crisis de la monarquía (1808-1812) en torno a tres aspectos: el proyecto para la instalación de una junta autonomista en La Habana en 1808, el interés del gobierno estadounidense por la situación de la isla en el contexto de dicha crisis, y el proyecto político para la Antilla elaborado por el intelectual criollo José Agustín Caballero en 1811 para su presentación en las Cortes gaditanas. La segunda parte se dedica a analizar lo que llama «prensa doceañista cubana», centrándose en dos publicaciones, *El patriota americano* y *El Fraile*, que reflejaron la fuerte polémica sostenida en ese primer periodo constitucional entre liberales criollos y partidarios del antiguo régimen en la isla. El tercero de los estudios, sobre los orígenes de la masonería en Cuba, constituye la cuestión central del trabajo, como lo demuestra que ocupe más de la